

CONVOCADOS POR EL ESPÍRITU SANTO A LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Una Catequesis de adultos sobre la Iglesia

JESÚS ORTIZ

«El año 1998, segundo de la fase preparatoria, se dedicará de modo particular al *Espíritu Santo*, y a su presencia santificadora dentro de la comunidad de los discípulos de Cristo» (Juan Pablo II, *Tertio Millennio Adveniente*, TMA, 44a). A la luz de estas palabras queremos presentar aquí un esbozo de *Catequesis para adultos sobre la acción del Espíritu Santo en la Iglesia*, a partir de los objetivos básicos señalados por Juan Pablo II: a) el reconocimiento de la *presencia y de la acción del Espíritu en la Iglesia*, y b) descubrir al *Espíritu como agente principal de la nueva evangelización* (cfr. TMA, 45).

Una catequesis de adultos sobre la Iglesia necesita explicar adecuadamente la naturaleza y fin sobrenaturales de la Iglesia así como su misión en el mundo. Cuando decimos que la Iglesia es formalmente trinitaria queremos subrayar la unidad del designio divino salvador para todos con intervención ordenada de las tres divinas Personas. Toda la Iglesia recibe de continuo del Padre, por Cristo en el Espíritu, su ser Iglesia y se mantiene como institución salvadora para los hombres y mujeres de cada época. La acción del Espíritu Santo constituye la Iglesia como jerárquica y carismática a la vez. Y así, sobre la base segura de la común vocación a la santidad y de la estructura jerárquica, se puede tratar la misión eclesial de los laicos en el mundo como «un hacer la Iglesia porque son Iglesia», no sólo por estar en ella, de modo que se mantenga a la vez la unidad y la diversidad de vocaciones que distribuye el mismo Espíritu¹.

Un punto de partida adecuado será la *exposición de la historia de la Iglesia* (1), fundamentalmente por razones pedagógicas y como primer paso para descubrir la constante acción del Espíritu Santo en ella mientras «va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los

1. Cfr. CONGR. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Communio notio*, 28-V-1992, nn. 3-6.

Jesús revela plenamente al Espíritu Santo cuando él mismo ha sido glorificado por su Muerte y Resurrección, y habla de él abiertamente a sus discípulos y del testimonio que tendrán que dar (cfr. Mt 10, 19-20). Les dice que el Espíritu Santo vendrá a la Iglesia y permanecerá ya para siempre, conduciendo la Iglesia a la plenitud de la verdad.

El día de Pentecostés consume la Pascua de Cristo con la efusión del Espíritu Santo que se manifiesta y comunica como Persona divina (cfr. Hch 2,36). En ese día se revela plenamente la Santísima Trinidad y el Reino anunciado por Cristo está abierto a todos los que creen en Él: en la humildad de la carne y en la fe, participamos ya en la comunión con la Trinidad Beatísima (cfr. CEC, n. 732).

3. PROGRAMA PARA UNA CATEQUESIS SOBRE LA IGLESIA

En tercer lugar, conviene que esta catequesis sobre la Iglesia aplique las directrices del reciente Directorio que destaca la importancia de la catequesis de adultos y afirma que: «La catequesis de adultos se dirige a personas que tienen el derecho y el deber de hacer madurar el germen de la fe que Dios les ha dado, tanto más cuando estas personas están llamadas a desempeñar responsabilidades sociales de diverso género y están sometidas a cambios y crisis a veces muy profundos. Por esta razón, la fe del adulto tiene que ser constantemente iluminada, desarrollada y protegida, para que adquiera esa sabiduría cristiana que da sentido, unidad y esperanza a las múltiples experiencias de su vida personal, social y espiritual» (n.173). Entre los criterios del Directorio para esta catequesis destacaremos aquí los siguientes:

1. *Asumir las responsabilidades fundamentales de la condición laical de los adultos*, que por el Bautismo tienen la misión de «buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios» (LG 31; cfr. EN 70; ChL 23), pues están llamados a la santidad (cfr. ChL 57-59). Y ello requiere ahondar en el sentido eclesial, reconociendo la economía eclesial del Espíritu, pero sin confundirla con la sociología «eclesiástica».

La acción del Espíritu en el orden temporal se realiza fundamentalmente a través de los laicos, para cristianizar la sociedad tratando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Y para que los laicos puedan realizar plenamente su misión, necesitan ejercerla libremente. Esta libertad responsable se concreta en el criterio de autonomía de lo temporal, recogido expresamente en el mismo Concilio: «Pues, por la misma naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que el hombre debe respetar» (GS, 36).

A lo largo de los últimos cien años la Iglesia ha visto la acción del Espíritu Santo en el progresivo despertar de la responsabilidad específica de los fieles laicos en ella y su testimonio en el orden temporal. Junto a otros hechos, un hito importante en las orientaciones eclesiales lo constituye la Exh. Ap. *Christifideles laici*, de Juan Pablo II, donde se recogen, amplían y concretan, las grandes directrices del Vaticano II en este campo. Sus enseñanzas orientan a los fieles para tener una conciencia activa de su pertenencia a la Iglesia; se recuerda que los laicos no sólo «están en la Iglesia», sino que «son la Iglesia», y tal condición ha de llevar consigo la participación y corresponsabilidad en la evangelización del mundo, desde las personas a las grandes instituciones internacionales, pasando por las leyes civiles y la configuración de la sociedad.

El Vaticano II recordó la distinción teológica entre el sacerdocio ministerial propio de los varones ordenados, y el sacerdocio común de los fieles que, siendo ambos participación del único sacerdocio de Cristo, se ordenan el uno al otro, precisamente porque son esencialmente distintos (cfr LG, 10b). Así, el sacerdocio común de los laicos se ejerce principalmente en la santificación del mundo y de las estructuras temporales, ordenando todo a la gloria de Dios.

2. *Reforzar la participación laical en la comunión eclesial.* Se trata de otro objetivo propuesto por el DGC, para lograr una mejor educación en la vida comunitaria. En efecto, la vida cristiana en comunidad no se improvisa y hay que educarla con cuidado, para no reducir el sentido eclesial a las actividades ministeriales o de colaboración inmediatamente eclesiástica. Aquí se inscribe el mejor conocimiento de la naturaleza y fin sobrenatural de Iglesia y la misión de los laicos en el mundo, principalmente en el desempeño de sus tareas seculares cuando están vividas desde la coherencia con la fe cristiana. Así lo expresan estas palabras del Beato Josemaría: «Jesucristo recuerda a todos: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum (Ioh XII,32)*, si vosotros me colocáis en la cumbre de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño, *omnia traham ad meipsum*, todo lo atraeré hacia mí. ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!»⁷. Por ello el DGC señala como más importantes los siguientes cometidos:

7. BEATO JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid 1988, 25ª ed., n. 183. En este sentido hay que recordar otro importante documento de la Santa Sede acerca de la comunión en la Iglesia, y afirma que: «Cada fiel, mediante la fe y el Bautismo, es incorporado a la Iglesia, una, santa, católica y apostólica. No se pertenece a la Iglesia universal de modo *mediato*, a través de la pertenencia a una Iglesia particular, sino de modo *inmediato*, aunque el ingreso y la vida en la Iglesia universal se realizan necesariamente en una particular Iglesia. Desde la perspectiva de la Iglesia considerada como *comunión*, la universal *comunión de los fieles y la comu-*

a) «*Esclarecer las relaciones existentes entre acción temporal y acción eclesial*, manifestando las mutuas distinciones, recíprocas implicaciones y, por consiguiente, la debida interacción. A este fin, la doctrina social de la Iglesia es parte integrante de la formación de los adultos»(...).

b) «*Formar para asumir responsabilidad en la misión de la Iglesia para saber dar testimonio cristiano en la sociedad*. Se ha de ayudar al adulto a descubrir, valorar y vivir todo lo que ha recibido de la naturaleza y de la gracia, tanto en la comunidad eclesial como en la comunidad humana. De este modo podrá también superar los riesgos de la masificación y del anonimato, particularmente frecuentes en algunas sociedades de hoy, que llevan a la pérdida de identidad y a la desconfianza en las propias posibilidades» (n. 175).

c) Además subraya el DGC como necesario «promover eficazmente una pastoral del pensamiento y de la cultura cristiana. Esto permitirá superar ciertas formas de integrismo y de fundamentalismo, como también de interpretaciones arbitrarias y subjetivas» (*ibid.*).

Por ello los fieles laicos tienen una importante misión en la nueva evangelización en el Espíritu, teniendo como base la fe común católica y como horizonte la libertad humana que Cristo nos ha alcanzado. Es tarea difícil que requiere un buen conocimiento de la Iglesia, una viva conciencia de la comunión eclesial, y también una alta valoración del pluralismo como señal de vida. En ello reside lo esencial de su tarea eclesial, como recuerda la Instrucción a propósito de la colaboración de los fieles no ordenados en el ministerio pastoral: «Hoy, en particular, el prioritario compromiso de la nueva evangelización, que implica a todo el Pueblo de Dios, exige junto al “especial protagonismo” de los sacerdotes, la total recuperación de la conciencia de la índole secular de la misión del laico (cfr. LG,31; ChL,15)»⁸. Por ello, su eventual colaboración con los ministros ordenados no debe interpretarse como señal de un mayor compromiso eclesial; por lo mismo, el ejercicio del sacerdocio común no puede ser una versión limitada del presbiterado. Si en la práctica se confundieran los planos, aparecería una clericalización de los laicos y un aseglaramiento de los sacerdotes.

nión de las Iglesias no son pues la una consecuencia de la otra, sino que constituyen la misma realidad vista desde perspectivas diversas» (CONGR. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión*, 28-V-1992, n. 10).

8. *Sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el ministerio de los sacerdotes*, 13-XI-1997, Premisa. Se recuerda que la eventual suplencia de los laicos debe respetar las normas establecidas y no inducir a confusión entre el sacerdocio común y el sacerdocio ministerial. Hay otros modos para remediar la escasez numérica de sacerdotes.

3. *Desarrollar en los fieles un profundo sentido ecuménico.* «La catequesis tendrá una dimensión ecuménica en la medida en que sepa suscitar y alimentar el “verdadero deseo de unidad” (CT 32; cfr. CCE 821; CT 32-34), hecho no en orden a un fácil irenismo sino a la unidad perfecta, cuando el Señor lo disponga y por las vías que Él quiera» (n. 86b). Juan Pablo II señala que la unidad es don del Espíritu Santo, pues El cuida de la Iglesia y atrae a la plenitud a otras confesiones cristianas; por eso el *movimiento ecuménico* no es simplemente una tarea de reconstrucción humana sino una exigencia de la única Iglesia de Dios: «En esta última etapa del milenio, la Iglesia debe dirigirse con una súplica más sentida al Espíritu Santo implorando de Él la gracia de la *unidad de los cristianos* (...). Sin embargo, somos todos conscientes de que el logro de esta meta no puede ser sólo fruto de esfuerzos humanos, aun siendo estos indispensables. La unidad, en definitiva, es un don del Espíritu Santo» (TMA, 34b).

Pensamos que los objetivos propuestos al hilo del DGC para un mejor conocimiento de la Iglesia por parte de los fieles, así como una vivencia comunitaria más intensa en la vida eclesial requieren una *catequesis básica, integral y orgánica sobre la Iglesia como misterio salvador del Dios Trino en la historia*. Con estos presupuestos, proponemos en el Anexo los contenidos principales de esa catequesis.

Redescubrir hoy la Iglesia es creer en Cristo, y en la presencia del Espíritu mediante su acción santificadora; por ello es participar también en una determinada concepción del hombre, de la sociedad y de la historia. La fe es encuentro libre e inteligente del ser humano —hombre o mujer, en sus condiciones concretas— con Dios Padre, Hijo y Espíritu en la comunión de la Iglesia.

ANEXO

I. CREO EN LA IGLESIA

Dios quiere que todos se salven, 1 Tm 2,4

1. Síntesis histórica. Dios actúa en la historia.
2. La Iglesia misterio de fe. Lo humano y lo divino en la Iglesia.
3. La Iglesia en el concilio Vaticano II (LG) y en el CEC.
4. Amar a la Iglesia.

II. ORIGEN Y VIDA TRINITARIA DE LA IGLESIA

Tanto amó Dios al mundo, Jn 3,16

1. Imágenes bíblicas de la Iglesia como misterio de comunión.

2. La Iglesia es a la vez el Pueblo de Dios Padre, el Cuerpo de Cristo, y el Templo del Espíritu Santo. Comunión entre Dios y los hombres y de los hombres entre sí.
3. Fin sobrenatural de la Iglesia: gloria de Dios y salvación de las almas.

III. CRISTO FUNDADOR Y FUNDAMENTO DE LA IGLESIA

Se me ha dado todo poder, Mt 28,18

1. La Iglesia es fruto de toda la vida de Jesucristo. Predicó la buena Nueva y buscó la conversión de Israel.
2. Voluntad institucional de Cristo en la S. Escritura. Buscó pescadores de hombres.
3. Estructura jerárquica de la Iglesia. Primado del Papa y colegialidad. Comentario de *Mysterium ecclesiae*.

IV. ¿QUÉ ES LA IGLESIA?

Se llenaron todos del Espíritu Santo, Hech 2,4

1. Pueblo de Dios. Misterio salvador de Dios en la Historia.
2. Sacramento universal de salvación. Necesidad de la Iglesia para la salvación. Grados de incorporación.
3. Cuerpo místico de Cristo. La comunión de los santos como expresión de la única Iglesia. Fe y sacramentos como participación de la vida divina en la Iglesia.
4. Templo del Espíritu Santo. Comentario de *Communio notio*.

V. MISIÓN DE LA IGLESIA

Haced discípulos a todos los pueblos, Mt 28,19

1. Llamada universal a la santidad. Santidad como comunicación de vida divina.
2. Misión de la Jerarquía. Magisterio: proclamar la verdad. Santificar a las almas. Gobernar sirviendo.
3. Responsabilidad específica de los fieles laicos. Secularidad y misión. Libertad y pluralismo.

VI. SEÑALES DE IDENTIDAD DE LA VERDADERA IGLESIA

Todos perseveraban unánimes, Hech 1,14

1. Las notas como don de Dios y responsabilidad de la Iglesia ante Dios.
2. Unidad y variedad. El Espíritu Santo principio de unidad.
3. Santidad de la Iglesia y santidad personal de los fieles.
4. La Iglesia es católica. Comunión de Iglesia universal e Iglesias particulares.
5. La Iglesia es apostólica por origen, doctrina y por sucesión.

VII. MARÍA, OBRA MAESTRA DEL ESPÍRITU SANTO

El Espíritu Santo (...) te cubrirá con su sombra, Lc 1,35

1. María, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia.
2. Alabar al Espíritu en María: el culto a la Santísima Virgen.
3. María, icono escatológico de la Iglesia.